

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII.—NÚM. 8122

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 750 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó leel de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Viernes 30 de Noviembre 1888

**CURA** inmediatamente toda clase de vómitos y diarreas (de los típicos, de los viejos, de los niños) embarazadas) Colera, Tifus, Calambres y vómitos de estómago

**BISMUTO Y CEBRILLO VIVAS PEREZ**

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

## SINIESTROS MARÍTIMOS

### MEDIOS PARA EVITARLOS

Las recientes colisiones de buques y la frecuencia con que se repiten esos terribles accidentes marítimos, ha dado lugar á nuevos estudios para evitar esta clase de siniestros, hoy más numerosos, no por los peligros del viento y de la mar, sino por el número extraordinario que lo surcan y por la velocidad con que caminan.

Buscan algunos en la legislación internacional medios de sujetar el servicio de los vapores correos á reglas capaces de dar una seguridad relativa.

En varias regiones del mar, la circulación de los vapores es casi tan activa como la de los trenes en los caminos de hierro. Los constructores rivalizan en la velocidad que pueden imprimir á los buques. Y si no se ha llegado á obtener mayor velocidad hasta los 30 nudos, ó sea 55 kilómetros, es debido á la falta de un metal bastante resistente para que las calderas soporten por cada centímetro cuadrado presiones iguales á las que hoy se obtienen.

Por mucha que sea la velocidad de los trenes, corren por una vía determinada, conocida, de la cual uno se aparta para evitar el peligro; pero en el Océano, los buques cruzan en todas direcciones, ejecutan diversas maniobras y movimientos y están siempre expuestos á abordar ó ser abordados por otros que corren tanto ó más que ellos. Las colisiones son inevitables y los resultados funestos.

Por rápida que se ejecute una maniobra, más rápida es la marcha de los buques que corren en direcciones opuestas por la misma línea; el choque es el naufragio rápido, seguro de uno de ellos, á veces de los dos, y la muerte inevitable de centenares de seres sumidos en las profundidades de las aguas. Todavía aumenta el horror de este triste caso cuando se trata de noches oscuras ó de cerrazón, en las que es absolutamente imposible prestar auxilio alguno á los naufragos.

El comercio nada gana tampoco con que las mercancías las conduzca el vapor siguiendo un trayecto al azar, corriendo por llegar antes que otro á desembarcarlas, pero marchando con grandes probabilidades de embestidas. La póliza de seguros ¿compensa el perjuicio de una especulación malograda por esta causa? ¿la humanidad entera no tiene derecho para protestar contra esas frecuentes hecatombes que sepultan miles de cadáveres en las aguas por el afán de lucro desapoderado que, sin reparar en medios se despierta entre ciertos especuladores?

Bien sabemos que los pasajeros tienen siempre prisa en llegar y los expedidores de mercancías están impacientes por saber

que el cargamento ha llegado á su destino; pero ni una razón ni otra abonan que se juegue con millares de existencias.

Preciso es que se sepa: hay capitanes que tienen en absoluto prohibido por los armadores de los buques el prestar auxilio en caso de colisión ó naufragio. No pueden detenerse por ninguna causa. Tienen itinerario fijo, y, como el maquinista de la locomotora de un tren tiene orden de llegar á la hora marcada, así ellos deben entrar en los puertos en los días fijados previamente en la escala de su itinerario. Así se explica el horror que causan ciertas peripecias en los mares.

Háse pensado en acortar ó disminuir la marcha de los vapores en noches oscuras en parajes muy frecuentados; pero se ha tenido que desistir de ello, porque ni es posible que los paquetes aceptasen esta medida, ni fuera posible averiguar qué buque y cuándo ó en qué ocasión falló ó dejó de cumplir con esta obligación.

El sistema que ahora se propone, y á cuya cabeza figura el comandante de la marina francesa Riou del, es más práctico y aceptable. Consiste en reglamentar la navegación de vapor imponiendo á los paquetes para ciertos recorridos, trayectos variables y fáciles de determinar en las cartas.

Explicuemos esto con toda claridad. Uno de los trayectos más peligrosos es el del Canal de la Mancha á los Estados Unidos. Los grandes vapores ingleses, franceses y alemanes, se cruzan á cada momento en todas direcciones. Pues bien: podría acordarse por las naciones que se establecieran entre América y Europa dos caminos, uno para los que van á los Estados Unidos y otro para los que vuelven, fijando por estas rutas los grados y minutos de grados en las cartas náuticas, así como los truenos ascendentes ó descendentes de los caminos de hierro. Y éste régimen podría extenderse al Mediterráneo, al golfo de Bengala, al mar de las Antillas, á todas partes, en una palabra, donde afluyen los barcos de vapor.

El sistema de señales no da resultados. Las luces no se distinguen en días de niebla y el sonido lo apaga el ruido del viento y de las olas.

La solución indicada reduciría siquiera el número de siniestros, porque los buques de poco andar se apartarían del derrotero señalado á los grandes paquetes, y éstos tendrían una zona limitada que vigilar.

La parada instantánea de los buques no se ha conseguido hasta ahora. Los frenos inventados han podido detener un tren en marcha, pero se ignora el medio de parar instantáneamente un buque. Los adelantos de la construcción naval no han podido tampoco obtener que el casco de una nave reciba impunemente un fuerte choque.

Merced, pues, la pena de ser estudiada una cuestión á la que imponen inmediata resolución deberes de humanidad y necesidades mercantiles.

## Variedades.

### ORIGEN DE LAS CORRIDAS DE TOROS

Voy á ver si puedo dar con el origen de nuestras célebres, humanitarias é instructivas fiestas tauromáquicas,

Dificítilo es el asunto y mucho más porque no estoy de humor de desempolvar volúmenes, ni tengo tiempo, ni dinero para ir á registrar el archivo de Simancas, rico arsenal de curiosidades, donde tal vez encontraría algo de provecho sobre el asunto. Sin embargo, probemos. ¿Tendrán las fiestas de toros su origen en los antiguos torneos que hacían las delicias de la Edad Media? ¿Pero qué tiene de común una cosa con otra? me dirán algunos, á los que yo les suplico que tengan un poquito de paciencia.

Aquellas lizas eran entre hoolures. Los que nosotros hemos alcanzado son entre hombres y fieras. Aquellas se rodeaban de magnificencias. Estas no son menos sueltas. Para aquellas se construían grandes barracas que daban abrigo á la muchedumbre. Para estas se construyen grandes plazas de piedra ó de madera, que puedan contener la multitud de personas que asisten al espectáculo.

En los torneos, en un sitio de preferencia, se colocaban los mariscales de campo destinados á mantener las leyes de la caballería.

En las fiestas de toros se coloca en la presidencia, alguna persona constituida en autoridad, para hacer observar las leyes del toreo y dirigir pasivamente la lidia. Allí daban comienzo á la justa, dos campeones que lanza en ristre se dirigían al galope el uno contra el otro. Aquí abren la fiesta dos ó tres caballeros, (porque van á caballo) que pica en ristre, esperan la acometida de la fiera. En los torneos solía correr la sangre del hombre. En las fiestas tauromáquicas corre la sangre del hombre mezclada con la de las fieras.

Es indudable que las personas dedicadas al cultivo de las letras; los hombres que dotados de un claro talento buscan su deleite en la literatura, gustan de reunirse y formar academias en las que por medio de ejercicios prácticos y alentados por la emulación puedan hacer grandes adelantos y lucir las galas de su ingenio. Los que profesan el ejercicio de las armas, gustan naturalmente de prácticas bélicas, de aquellas en que más puedan robustecerse y naturalmente son éstas menos humanas que aquellas.

¿Por qué faltaba á los antiguos romanos, la dulce humanidad, el delicado sentimiento que tanto brillaba en los griegos? Porque estaban acostumbrados á vivir peleando. Por que buscaban sus diversiones en la sangre y en el anfiteatro, en vez de buscarlas como los griegos en las escuelas y academias.

Y por esto Grecia fue el país de los sabios, así como Roma fue el país de los guerreros.

Cuando yo veo á los hombres de mi siglo luchando con fieras, no quiero pensar en la degradación de nuestra sociedad, y para ello me remonto en alas de mi imaginación, á edades que duermen en el sueño de la eternidad.

¿Quién llevó á Roma á la señora de las naciones, aquellas costumbres sangrientas que inmortalizaron su nombre? ¿Qué origen tuvieron sus gladiadores? Tal vez se originaron de los sacrificios humanos que verificaban sobre los sepulcros los habitantes de Etruria y la Campania; sacrificios horribles que llegaron á su apogeo en los antiguos pueblos del Indostán.

Marco y Decio Bruto llamaron á los gladiadores para que combatesen junto al féretro de su padre. Esta es la noticia más antigua que encontramos acerca de los combates de los hombres en la historia romana.

Julio César queriendo aventajar á los hijos del augur Emilio Lépido y á los de Valerio Sevino, presentó seiscientas cuarenta parejas de gladiadores; Tito ordenó que las luchas continuasen por espacio de cien días y Trajano llegó á ciento veintitres ofreciendo dos mil combatientes.

No se crea por esto que tan sólo los esclavos eran los destinados á estas sangrientas luchas, lo que no dejaría de ser doloroso, porque los esclavos eran tan hombres como los emperadores. La humanidad en aquel tiempo había llegado á los últimos lindes de la degradación. La dignidad humana no existía. Un solo hombre, el emperador, veía arrastrarse á sus pies el resto de los humanos para servirle de alfombra.

El pueblo de los gladiadores era el pueblo de la corrupción, de la barbarie, del más estúpido despotismo. La voluntad del César era una ley que nadie se hubiera atrevido á quebrantar, y sin embargo la mayor parte de los emperadores murieron bajo el puñal asesino. Nerón no estaba satisfecho con ver luchar á la plebe, y por esta razón hizo pelear un día en el anfiteatro á cuatrocientos senadores y quinientos caballeros, y hasta hubo un emperador, Commodo, que bajó un día á la arena.

Maestros existían (*lamista*) dedicados por oficio en Roma á enseñar á los ciudadanos á dar y recibir la muerte de modo que el pueblo se divirtiese, porque el pueblo no encontraba diversión que más le satisficiera, porque una vez en el anfiteatro, pedía sangre y más sangre, embriagándose en aquellos espectáculos horribles.

Cuanta más sangre había corrido, más magnífico había sido el espectáculo, á manera que en nuestros días, cuantas más desgracias se originan, más famosa es la corrida de los toros.

Penetremos por un momento con la imaginación y alumbrados por la antorcha luminosa de la historia, en el anfiteatro, en uno de esos días en los que el pueblo acudía presuroso y regocijado á presenciar el sangriento espectáculo.

Puede decirse que la función se dividía en dos partes: La lucha empezaba con *arma tutatoria*, con palos, y cada uno de los combatientes procuraba demostrar su habilidad, tanto hiriendo á su contrario, como parando los golpes del adversario. El pueblo aplaudía entusiasmado, pero no estando satisfecho con esta primera parte del espectáculo, ¡quería sangre! ¡mucho sangre! y por esto mostraba un regocijo inmenso al ver que se iba á dar principio á la segunda parte.

Esta consistía en la lucha con espada; cuando empezaba á correr la sangre de los combatientes, llegaba á la locura el entusiasmo del pueblo romano. Al verse uno de los dos gladiadores fuera de combate, alzaba el dedo en señal de que pedía gracia.

Si había mostrado un gran valor en la lucha haciendo ver que despreciaba la muerte, solía encontrar la gracia, pues que el pueblo le perdonaba la vida.

Empero lo más común era que desensan ver á dónde llegaba su constancia, y contemplar de qué modo moría un hombre hallándose en la plenitud de la vida. En este caso, el que presidía la fiesta, para complacer al pueblo, cerraba el puño y pronunciaba estas frases: *recipe ferrum*, con las cuales mandaba al vencedor que le degollase, lo que verificaba en el momento. El vencedor le despojaba de sus armas, y algunos epilépticos acudían á beber la sangre de la víctima, creyendo supersticiosamente que con ella habían de curar de su enfermedad.

Apartemos la vista de aquellos sangrientos espectáculos y compadezcamos á la pobre humanidad al oír exclamar á aquellas víctimas de la ignorancia de siglos corrompidos en los momentos de prepararse á exhalar el postrer aliento: *César, los que van á morir te saludan*.

El cristianismo concluyó con aquella barbarie.

Tra s los gladiadores que divertían al p...